

## SANTA TERESA DE JESUS DEFENSORA DE LA VIDA ESPIRITUAL (\*)

*Carlos Orlando Nallim*

En todas las biografías de Santa Teresa de Jesús se narra el episodio de su niñez, referido a la huida a tierra de moros en compañía de su hermano Rodrigo. Anécdota que nos ilustra sobre ciertos sentimientos familiares y ambientales que conviene recordar. La santa misma alude al episodio en su *Vida* cuando dice: "Tenía uno casi de mi edad; juntávanos entrambos a leer vidas de santos (que era el que yo más quería, aunque a todos tenía gran amor y ellos a mí). Como vía los martirios que por Dios los santos pasavan, parecíame compravan muy barato el ir a gozar de Dios, y deseava yo mucho morir ansí (no por amor que yo entendiese tenerle, sino por gozar tan en breve de los grandes bienes que leía haver en el cielo); y juntávame con este mi hermano a tratar qué medio havría para esto: concertávamos irnos a tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá nos descabezasen; y pareceme que nos dava el Señor ánimo en tan tierna edad, si viéramos algún medio, sino que el tener padre nos parecía el mayor embarazo. . ." <sup>1</sup>. Bien sabemos que la fuga termina cuando un tío los alcanza en el puente del Adaja, junto a la ciu-

(\*) Este trabajo se basa en las conferencias dadas en el "Curso de Homenaje a Santa Teresa de Jesús en el IV Centenario de su muerte", el 1º y 2 de junio de 1982, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo.

1 *Vida*, 1, 5. Cito por SANTA TERESA DE JESUS. *Obras Completas*. Edición manual, transcripción, introducción y notas de Efrén de la Madre de Dios, O. C.D. y Otger STEGGINK, O. Carm. 4e. Madrid, 1974.

dad de Avila, y los vuelve a su casa.

Esta niña deseaba el martirio pronta y ardientemente. Al respecto, ir a tierra de moros puede significar ir al Africa, o, simplemente, alejarse un poco de la casa ya que aún los había en la Península o, quizá, sólo se trata de un lugar geográfico imaginario habitado por el infiel, el renegado, el no cristiano<sup>2</sup>.

Si una niña de seis o siete años puede pensar y actuar así, es porque en su casa respiraba una vida familiar austera y de profunda fe religiosa. Allí se leían y comentaban las páginas del *Flos Sanctorum*, se recibían las nuevas de las Indias descubiertas por Colón, de las victorias del Gran Capitán en Italia, se comentaban las viejas historias lugareñas donde el espíritu caballeresco sobresale en la lucha contra el infiel y en el servicio del rey. En otras palabras, el ambiente familiar y comarcano en que crece esta niña está nimbado por el espíritu religioso, el sentir militante o caballeresco en permanente cruzada contra el infiel y la realidad casi de ensueño de epopeya y de emocionante actualidad. Cuando su aventura de ir a tierra de moros queda trunca, decide jugar con su hermano a los ermitaños, teniendo como modelo la vida de los santos eremitas.

En estos momentos España goza aún del triunfo que significa la caída del último reino musulmán de la Península, Granada, en 1492, en manos de los Reyes Católicos. Un triunfo político y religioso, un batir en retirada a una cultura de origen oriental pero tan arraigada a través de siglos en la Península, que pasará a ser el triunfo sobre una cultura y una fe que había que erradicar para lograr la unidad. También en 1492 se había dado un golpe mortal a la sentida presencia de los judíos a los que, por lo menos oficialmente, se los expulsaba.

Cuando Carlos I asume la corona en 1517, España vive ese espíritu de cruzada que, acabando con los enemigos interiores, se lanza en una dirección conocida, el Mediterráneo; en otra aún novedosa, Europa; y en la fascinante empresa de ganar América y aún más allá.

### Linaje, títulos y la verdadera honra

El descubrimiento de Narciso Alonso Cortés respecto del linaje de la santa no hace sino confirmar y hasta exaltar una realidad histórica y cultural que le es propia, que es necesario considerar sin restricción, tal cual es. El casual hallazgo de Alonso Cortés del pleito de los Cepeda, en el Archivo de la Chancillería de Valladolid, hace casi cuarenta años, revela el linaje judío del abuelo y el padre de Teresa, reconciliados y penitenciados por la Inquisición de Toledo en

---

<sup>2</sup> Vid. Efrén de la Madre de Dios y O. STEGGINK. *Tiempo y vida de Santa Teresa*. Madrid, 1968. p. 33-34.

1485. Tras la sensacional primera noticia cierta, en la década del cuarenta, la investigación posterior la ha confirmado y ampliado. Se ha dado fin así a un secreto muy bien guardado desde el siglo XVII<sup>3</sup>.

De la generación del abuelo Juan Sánchez a la de sus nietos, que olvidando el Sánchez se nombraban Cepeda y Ahumada, hay todo un esfuerzo arduo y sostenido de integración a la sociedad, tratando de alejar de sí el "obstáculo" de conversos o cristianos nuevos. Este tipo de expediente no es insólito sino que, por el contrario, es común a muchas familias y personajes de aquellos tiempos.

Quizá se explique así mejor por qué cada vez que Teresa alude al tema de la honra, por entonces cosa muy importante, impuesta por convenciones sociales fundadas en la opinión o el crédito humano, no escatime la ironía. Profundamente cristiana y conocedora de los problemas que suscitaba la "limpieza de sangre", no podía admitir esta estratificación social donde se podía sospechar "sine die" de un sector "no puro" que pasaba a constituir un grupo numeroso de marginados, donde también se mezclaban otros intereses de tipo clasista bien conectados con los bienes de este mundo más que con la ascendencia.

Hay más. En sus monasterios de carmelitas descalzas no hay lugar para "señoras" distintas y distantes respecto de las que no pueden usar el "doña". Sus objetivos no permiten la división entre celdas amplias y cómodas, con sirvientas, y las estrechas y pobres de las poco afortunadas. "¡Oh, váleme Dios, hermanas, si entendiésemos qué cosa es honra y en qué está perder la honra! Ahora no hablo con vosotras —que harto mal sería no tener entendido esto—, sino conmigo, el tiempo que me precié de honra sin entender qué cosa era, y ívame al hilo de la gente por lo que oía. ¡Oh, de qué cosas me agraviava, que yo tengo vergüenza! Y no era, pues, de las que mucho miran en estos puntos; mas errava como todas en el punto principal, porque no miraba yo ni hacía caso de la honra que tiene algún provecho, porque ésta es la que hace provecho al alma. Y ¡qué bien

3 Sobre el tema se puede ver: Narciso ALONSO CORTES. "Pleitos de los Cepeda". (En: *Boletín de la Real Academia Española*, 25 (1946), 85-110). Teófanos EGIDO. "La novedad teresiana de Américo Castro". (En: *Revista de Espiritualidad*, 32 (1973), 82-94, p. 43-103).

Id. "Ambiente histórico". (En: *Introducción a la lectura de Santa Teresa*, obra en colaboración dirigida por Alberto BARRIENTOS. Madrid, 1978. Américo CASTRO. *La realidad histórica de España*. México, 1954. Homero SERIS. "Nueva genealogía de Santa Teresa". (En: *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 10 (1956), 365-384).

Francisco MARQUEZ VILLANUEVA. "Santa Teresa y el linaje". (En: *Espiritualidad y Literatura en el siglo XVI*. Madrid-Barcelona, 1968. p. 139-205).

dijo quien dijo que honra y provecho no podían estar juntas —aunque no sé si lo dijo a este propósito—, y es al pie de la letra; porque provecho del alma y esto que llama el mundo honra nunca puede estar junto”<sup>4</sup>. En el mismo libro, es decir, en el *Camino de la Perfección* podemos también leer lo que sigue: “Entiéndase bien, que me parece que esto de honra siempre trai algún interesillo de tener rentas y dineros; porque por maravilla, u nunca, hay honrado en el mundo si es pobre; antes, aunque sea en sí honrado, le tienen en poco. La verdadera pobreza trai una honra consigo, que no hay quien la sufra; la que es por sólo Dios, digo; no ha menester contentar a nadie sino a El. . .”<sup>5</sup>. Y capítulos más adelante: “En esta casa tenéis ya aventurada y perdida la honra del mundo, porque los pobres no son honrados. No tan a vuestra costa queráis que lo sean los otros. Nuestra honra, hermanas, ha de ser servir a Dios; quien pensare que de esto os ha de estorbar, quédese con su honra en su casa. . .”<sup>6</sup>. Las citas se podrían multiplicar fácilmente; pero baste lo transcrito. El mensaje es claro. No más honra por el linaje, ni por el dinero, ni por los títulos. Toda honra es de Dios, es para Dios.

### Defensa de la unidad de la Iglesia

El siglo ha avanzado. España, sin despreocuparse del infiel, debe atender a un nuevo peligro, el de los herejes. Tras la muerte de Francisco II, a fines de 1560, Francia empieza a convertirse en un verdadero hervidero social donde los calvinistas fanáticos llegan a extremos de violencia contra la Iglesia, mientras que su reforma se amplía y se afianza. Estos acontecimientos no podían menos que inquietar a la España de Felipe II.

Por su parte, Teresa, en tanto que cristiana, quiere el bien de la Iglesia. Para la lucha armada estaban los tercios del rey, para la predicación estaban los teólogos y letrados —su condición de mujer la inhibía para esta labor, en aquel tiempo—; pero sí podía hacer uso de la oración. Podía hacer extensiva esa oración a los labios y el corazón de muchas otras mujeres dedicadas a la vida religiosa. La vuelta a la Regla primitiva del Carmelo que propugna Teresa no es simplemente un volver a una fuente espiritual. Es consciente de que esa vuelta la habrá de ayudar en una tarea actual e imperiosa como es la de trabajar en favor de la restauración de la unidad, en favor de una vida de santificación según lo señalan los Evangelios.

Es la misma santa quien expone estas ideas contrarreformistas y lo hace con claridad meridiana al arrancar el primer capítulo del

4 *Camino de Perfección*, autógrafo del Escorial, 63, 3.

5 *Camino de Perfección*, 2, 6.

6 *Ibidem*, 20, 1.

*Camino de Perfección*: “Al principio que se comenzó este monesterio a fundar. . . no era mi intención huviese tanta aspereza en lo exterior, ni que fuese sin renta, antes quisiera huviera posibilidad para que no faltara nada; en fin, como flaca y ruin, aunque más intentos buenos llevaba en esto que mi regalo. Venida a saber los daños de Francia de estos luteranos y cuánto iba en crecimiento esta desventurada secta, fatiguéme mucho. . . y como me vi mujer y ruin, y imposibilitada de aprovechar en nada en el servicio del Señor. . . ansí determiné a hacer eso poquito que yo puedo y es en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese, y procurar estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo, confiada yo en la gran bondad de Dios que nunca falta de ayudar a quien por El se determina a dejarlo todo. . . y podría yo contentar al Señor en algo para que todas ocupadas en oración por los que son defensores de la Iglesia y predicadores y letrados que la defienden, ayudadásemos en lo que pudiésemos a este Señor mío. . . ¡Oh hermanas mías en Cristo! , ayudadmele a suplicar esto; para esto os juntó aquí el Señor. . .”<sup>7</sup>.

En la idea de que tratamos de una monja de clausura y de una santa podríamos imaginarla absorta en la contemplación, permanentemente enajenada, fuera del tiempo y el espacio. Nadie se atrevería a negar sus cualidades ascéticas y místicas, por el contrario se la reconoce maestra y doctora en la materia; pero no es menos cierto que basta asomarse a sus libros para darse cuenta de que vive intensamente su tiempo histórico, que es partícipe de todo lo que ocurre. Teresa es una mujer luchadora que sabe acogerse a los hontanares de la oración sin alejarse de la vida cotidiana. Concedora profunda de esta vida y de la del espíritu, que para ella son una unidad fundamental, la reforma, la intensifica, la sublima, la santifica y la prodiga en bien del prójimo.

Volver a la Regla primitiva no es sólo restauración de un orden antiguo porque no se trata de un anacronismo. Sabía bien el porqué de su opción, no en vano adopta la Regla primitiva modificada en 1247, que le permitía incluir una actividad tan importante como es la apostólica. No creemos que Santa Teresa “confiaba ingenuamente” en la tradición monacal, como alguna vez se ha afirmado<sup>8</sup>. Cuando se aplica a “restaurar y restituir a su antiguo esplendor” a la Orden, no es porque sea o parezca una rezagada de la Edad Media en comparación con la Compañía —“modificación impuesta por el Renacimiento en el monaquismo medieval”. Quien lee a la santa escri-

<sup>7</sup> *Camino de Perfección*, 1, 1-5.

<sup>8</sup> La afirmación es de Pedro SAINZ RODRIGUEZ en su *Introducción a la Historia de la Literatura Mística en España* (Madrid, 1927, p. 242), que, por otra parte y en nuestra opinión, sigue siendo una obra valiosa.

tora se da cuenta de sus dotes de mujer práctica, conocedora perspicaz de la realidad y de los hombres y amiga de las novedades cuando le parecían de utilidad. Para ella, tan amiga de la Compañía de Jesús, conocedora de muchos de sus hombres, no podía pasar inadvertida su organización. Si a pesar de todo creyó en el monasterio, de tan larga tradición en la Iglesia, es que vio que, renovado, podía seguir sirviendo a la renovada vida de sacrificio y oración, de verdadera perfección que quería implantar en ellos. Así se explica el porqué instaba a sus hermanas en religión a seguir las huellas de “nuestros padres santos pasados, ermitaños, cuya vida pretendemos imitar”<sup>9</sup>.

No se equivocaba. En la lucha contra los “luteranos” —para ella tanto los hugonotes como los protestantes en general—, en su defensa de la Iglesia, el primer paso era ordenar la casa. Su contribución a esa lucha y en ese ordenamiento era volver el monasterio carmelita al rigor que había perdido. En otras palabras, para oponerse a la Reforma “luterana” iniciaba su propia reforma dentro de la Orden del Carmen, dentro del seno de la Iglesia.

### La perfección de los responsables en la Iglesia.

Hay que ganar una guerra de tipo espiritual y, por lo tanto, las armas habrán de ser también espirituales. Esta estrategia contrarreformista, en la que incluimos la reforma del Carmelo, es de ese orden, netamente espiritual, porque no está dirigida a decapitar ni a incinerar —hay cosas como las ideas y las creencias que no son decapitables ni cremables— ni a herir ni a golpear, están dirigidas al intelecto y al corazón, sin aprestos ni realizaciones estruendosas. Esta guerra se gana con armas espirituales que también, pero a su modo, necesitan de conocimientos, aprestos, planes y estrategias.

Había que purificar a la Iglesia y Teresa así lo entiende y lo realiza en su Orden. Pero su ejemplo y sus palabras trascienden los límites de la Orden y contribuyen a un movimiento general de rectificaciones. En este quehacer no hay que descuidar a los “capitanes”. Si las monjas con su oración quieren sostener la labor de los predicadores y teólogos, es razonable que éstos también se perfeccionen. Esta perfección debe llevarlos, cuando traten con las gentes en el mundo, a mostrarse sabios y prudentes. Sabedores de las cosas en que han de instruir y acreedores de respeto deben mover a la emulación. En esta lucha espiritual, los jefes, capitanes o adelantados deben convivir con el mundo y, a la vez, tratar de convertirlo. En este trabajo deben ayudar las monjas con su oración “. . . porque a no ser esto así, ni merecen nombre de capitanes ni permita Dios salgan de sus celdas, que más daño harán que provecho; porque no es aho-

<sup>9</sup> *Camino de Perfección*, código de Valladolid, 11, 4.

ra tiempo de ver imperfecciones en los que han de enseñar”<sup>10</sup>.

La bondad de la madre que pide a sus hijas que recen por la perfección de los predicadores y teólogos —“que son mejores que nosotros”— se une a la ironía y la advertencia respecto de aquellos que no cumplen con su deber, porque no están los tiempos para concesiones. Deben parecerse más a los ángeles que a los hombres, el relajamiento debe ser desechado, la Iglesia en tiempos difíciles llama a la unidad en la perfección. Quienes no cumplen deben ser apartados porque causan más mal que bien. Así la solicitud y la advertencia de la santa no se agotan en la perspectiva de la superiora frente a sus monjas, hay que pensar en un índice acusador y una voz amonestadora —amortiguados por la condición de la mujer de aquel tiempo— sutiles quizá pero no por ello menos ciertos, se trata de corregir, no de protestar ruidosamente. Fuera ya de los muros del monasterio, la amonestación se dirige a todos los hombres con responsabilidad de guía y gobierno de la Iglesia.

### Defensa de la vida espiritual.

Leyendo a la santa uno se da cuenta de que no es su intención erguirse en censora de vidas ajenas, mucho menos de las de sus superiores naturales. La razón de ser de sus opiniones y solicitudes radica en su fe incontrovertible en que el hecho religioso tiene raíces profundas en el espíritu. Que la intimidad y profundidad espiritual son la razón de ser de la vida de religión, de la vida llamada precisamente espiritual. Lo contrario es caer en las apariencias, en la superficialidad, en el ademán formulario, en la ceremonia vacía, en la hipocresía.

Hay que calar hondo, hay que llegar a la fuente, no hay que distanciarse de ella. “Ahora, pues, tornando a los que quieren beber de este agua de vida y quieren caminar hasta llegar a la misma fuente, cómo han de comenzar, y digo que importa mucho y el todo. . . una grande y muy determinada determinación de no parar hasta llegar a ella, venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, travaje lo que se travajare, mormure quien mormurare, siquiera llegue allá, siquiera me muera en el camino u no tenga corazón para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo; como muchas veces acaece con decir: “hay peligros”, “hulana por aquí se perdió”, “el otro se engañó”, “el otro que rezava cayó”, “dañan la virtud”, “no es para mujeres, que les vienen ilusiones”, “mijor será que hilen”, “no han menester esas delicadeces”, “basta el Paternóster y Avemaría”<sup>11</sup>.

El trabajo de llegar a la fuente se presenta difícil y hasta puede

10 *Camino de Perfección*, 2, 3.

11 *Camino de Perfección*, 35, 2.

desesperar. Los débiles al ver las dificultades del camino se arredrán. Los fuertes necesitarán de una gran voluntad para poder avanzar. Una y otra vez deberán apelar a la fortaleza y a la decisión para no abandonar. Pero hay otros trabajos en el ambiente en que se vive que, a su turno, habrán de arreciar: la desconfianza de quienes miran con poca fe, prestos a la advertencia gratuita, proclives a la murmuración y a la maledicencia. Ser mujer, por aquel tiempo, era una desventaja; pero ser mujer preocupada por las cosas del espíritu era pura y simplemente un riesgo. La exhortación de la santa a sus monjas se inscribe en el *Camino de Perfección*. Cuando ya había fundado su primer monasterio o, mejor, el muy humilde primer monasterio de San José, en Avila; cuando ya había escrito el libro de su *Vida*. Es decir, cuando tenía ya experiencia de fundadora, cuando se había ya mostrado escritora mística. Exhortaba con conocimiento de causa. Advertía a las hermanas y se advertía a sí misma.

Está defendiendo su vida espiritual, la vida espiritual. Todas sus energías, todo su tesón, su apasionamiento, su femineidad están al servicio de esta causa que se ha propuesto. Sus labios y su pluma no callan, no pueden ser concesivos porque la causa es grande. Si la vida contemplativa conduce a Dios, vale la pena defenderla. Los agoreros callarán a su debido tiempo. Los maledicentes terminarán por rendirse ante la evidencia del bien.

A veces la oposición a la santa no se fundaba en la mala fe o el desabrimiento, brotaba de no entender cabalmente su obra. Las anécdotas al respecto son muchas pero baste ahora recordar una. Lo acaecido en 1573, años después de escrito el *Camino de Perfección*<sup>12</sup>, con ocasión de su estancia en Salamanca para buscar alojamiento definitivo para sus monjas del lugar. El catedrático de Prima de la Universidad llegó a expresar públicamente en su cátedra "que era de mujercillas andar de lugar en lugar y que mejor estuvieran en sus casas rezando y hilando".

Es que este catedrático, como muchos otros letrados, no toleraba que una monja abandonase su clausura para, convertida en arquitecta y constructora del convento de su orden, llegara hasta vigilar la labor menuda de los obreros. Lo que para unos era motivo de admiración para otros lo era de desaprobación. Cuando la conoció y la trató, se hubo de rectificar ante sus mismos alumnos aduciendo que "héla comunicado y tratado y sin duda tiene espíritu de Dios y va por muy buen camino"<sup>13</sup>.

Mucho más grave fue la oposición fundada en la desconfianza y la estolidez. Siendo mujer que trataba con inusitada profundidad

12 Todo hace pensar que la primera redacción del *Camino* data de alrededores de 1565.

13 *Vid.* Efrén de la M. de Dios y O. STEGGINK, *op. cit.* p. 484.

las cosas del espíritu, a veces se la quiso confundir con una beata visionaria cuando no con una posesa del demonio. Una y otra vez debió demostrar la limpieza de sus intenciones y la ortodoxia de su prédica.

Hubo también otro tipo de oposición, la fundada en el resentimiento y la mala fe. Hay que imaginarla frente a los caprichos y locuras de la princesa de Eboli, benefactora de la fundación de Pastrana y, a la vez, mentora del escarnio en que un libro tan entrañable y querido como es el de la *Vida* es expuesto al expurgo y burla de la gente del palacio. Cinco años más tarde, la mofa se convertirá en destilada venganza después de que la madre Teresa ordene a sus monjas abandonar la casa de Pastrana para trasladarse a la de Segovia. Puso fin así a las afrentas e iniquidades con que eran tratadas por la voluble princesa. Esta vez, la venganza o principada fue la delación a los tribunales de la Inquisición.

En su estadía en Sevilla, con ocasión de la fundación del monasterio, la santa debió pasar muy malos ratos cuando un alma resentida la denuncia. Cuando los inquisidores la examinaron se convencieron de lo infundado de la acusación. No era alumbrada, su doctrina no contenía “novedades” ni embustes. La monja fundadora había sido previamente aconsejada y examinada por lo más granado de la teología y la espiritualidad española de aquel tiempo. Su intensa vida espiritual era transparente. Pero, debió probarlo. Conoció mientras tanto la amargura de la acusación maliciosa, el peligro de ser maltratada —el mismo brasero “purificador” nunca estaba demasiado lejos—, el temor de que su orden nueva se desacreditara.

### Experiencias espirituales.

Vale la pena recalcar en dos breves documentos que la santa nos ha legado, dirigidos al calificador inquisitorial Rodrigo Alvarez, en Sevilla, en 1576. Abre su alma al Santo Oficio, como tantas veces lo había hecho antes a sus confesores. Aun en momentos de honda preocupación y de peligro, se mostraba segura de sí y su franqueza se imponía. Nos referimos a las *Cuentas de Conciencia* 53 y 54. En la 53 —“informe sincero y objetivo, una declaración auténtica sobre sucesos de su larga vida. . . es como una radiografía que refleja las líneas de conducta de su vida, el estilo de la oración mental que implantó en sus conventos, y su comportamiento en los momentos más decisivos”<sup>14</sup>— nos dice con la sencillez de siempre que su preocupación mayor, testimonios de la cual se pueden recoger repetidamente en sus escritos, era “saber si eran conforme a la Sagrada Escritura todo

14 Vid. Enrique LLAMAS—MARTINEZ, “Cuentas de Conciencia”. (En: *Introducción a la lectura de Santa Teresa*, obra en colaboración, dirigida por Alberto BARRIENTOS, Madrid, 1978). p. 382.

lo que tenía”<sup>15</sup>, porque siempre jamás estava sujeta, y lo está, a todo lo que tiene la santa fe católica”<sup>16</sup>.

La preocupación de toda su vida de religiosa ha sido evitar los engaños del espíritu del mal, del demonio, como ella dice una y otra vez. Pero, por otra parte, no teme expresar, tratar de expresar lo que acaece en su espíritu. En la cuenta de conciencia 54, —que es todo un memorial sobre su vida mística— comienza diciendo: “Son tan dificultosas de decir, y más de manera que se puedan entender, estas cosas del espíritu interiores, cuanto más con brevedad pasan, que, si la obediencia no lo hace, será dicha atinar, especial en cosas tan dificultosas. . . En todo lo que dijere, suplico a vuestra merced que entienda que no es mi intento pensar es acertado, que yo podré no entenderlo; mas lo que puedo certificar es que no diré cosa que no haya experimentado algunas y muchas veces. . .”<sup>17</sup>.

Una mujer asustada podría haber callado. Se trata de experiencias espirituales insólitas que despertaban sospechas. A los sesenta y un años de edad y cuarenta de vida religiosa bien lo sabía. No podía guardar silencio. Creía en los favores especiales de Dios. Si eran divinos y tenía fe podía declararlos o “atinar” a declararlos. Nunca mejor usada esta palabra, porque en su esfuerzo de expresarse tratará de acertar, de dar con las palabras apropiadas, con los conceptos, las comparaciones, las imágenes, las metáforas, los significados, alegorías y símbolos. Se mueve en un mundo interior tan luminoso como inefable, por eso atinará, para encontrar lo que busca, a tientas, con extrema dificultad. Una vez más su rica imaginación coincidirá con su maestría en el uso del castellano para decirlo todo y bien. Duda, sí, porque no es fácil hablar de los grados de la oración y mucho menos resumirlos en un memorial hecho a pedido. De lo que no duda es de sus experiencias místicas. La han signado. Atina y lo hace bien porque da en el blanco.

Reconoce en su vida espiritual el favor de Dios y su personal sufrimiento. A la merced celestial se une el esfuerzo individual porque cree que vale la pena. Humildemente y con seguridad, casi al terminar la cuenta de conciencia 54, confiesa al inquisidor: “Harto trabajo me ha costado esto —que sin querer, como digo—, aunque pienso ha sido medio que tomó el Señor para mi salvación como me vio tan ruin, que los buenos no han menester tanto para servir a Su Majestad (Dios)”<sup>18</sup>.

15 *Cuentas de Conciencia*, 53, 9.

16 *Cuentas de Conciencia*, 53, 13.

17 *Ibidem*, 54, 1.

18 *Cuentas de Conciencia*, 54, 24.

### Búsqueda, hallazgo, atrevimiento.

Su valentía en la defensa de la vida espiritual no reconoce obstáculos. Quizá el más atrevido ejemplo lo tenemos en sus *Meditaciones sobre los Cantares*, tradicionalmente conocidas con el nombre de *Conceptos del amor de Dios*. Aquí Teresa al comentar el Cantar, se ciñe a la interpretación simbólica de un diálogo entre Cristo y el alma, su esposa. Actitud que se adecua más a la doctrina mística. Al parecer, esta obra fue escrita de a ratos, cuando sus ocupaciones le daban un respiro. Tuvo, por lo menos, dos redacciones y su escritura hay que situarla entre 1566 y 1575. La intención de la santa está claramente expresa al final del texto: “daros a entender cómo podéis regalaros cuando oyereis algunas palabras de los ‘Cánticos’, y pensar —aunque son a vuestro entender oscuras— los grandes misterios que hay en ellas. Y alargarme más sería atrevimiento”<sup>19</sup>.

Un eclesiástico autorizó las *Meditaciones*, el padre Domingo Báñez, quien las aprobó expresamente en Valladolid, el 10 de junio de 1575. Era su confesor, que bien pudo inducirla a su redacción. Y, aunque parezca paradójico, otro confesor, el P. Diego de Yanguas, le ordenó quemarlas, en 1580. Por suerte, quedaron algunas copias celosamente guardadas por sus poseedores<sup>20</sup>.

Hoy puede parecer excesivo el recelo de fray Diego de Yanguas, lector de Teología en el convento de Santa Cruz, en Segovia. Eran otros tiempos. No se soportaba que una mujer comentara las Escrituras; y, en cuanto a los varones, baste recordar que por aquellos mismos años fray Luis de León era sometido a proceso inquisitorial y que permaneció encarcelado entre enero de 1572 y diciembre de 1576.

“Béseme con beso de su boca’. ¡Oh, Señor mío y Dios mío, y qué palabra esta para que la diga un gusano a su Criador! ¡Bendito seáis Vos, Señor, que por tantas maneras nos havéis enseñado! Mas ¿quién osara, Rey mío, decir esta palabra si no fuera con vuestra licencia? Es cosa que espanta, y ansí espantará decir yo que la diga nadie. Dirán que soy una necia, que no quiere decir esto, que tiene muchas significaciones, que está claro que no havíamos de decir esta palabra a Dios, que por eso es bien estas cosas no las lean gentes

19 *Meditaciones sobre los Cantares*, 7, 9.

20 Vale la pena reparar en el contenido de este breve tratado. El capítulo primero sirve de introducción y advierte sobre los sentidos misteriosos de las Escrituras y sobre la disposición que debe tener el lector para admirarlas. Los capítulos realmente originales son los segundo y tercero, que dedica a las diversas formas de paz. Del cuarto al séptimo asistimos a una exposición sobre la oración de quietud y de unión, tratadas con mayor amplitud en la *Vida* y el *Camino de Perfección*.

simples.”

“Yo lo confieso, que tiene muchos entendimientos; mas el alma que está abrasada de amor que la desatina, no quiere ninguno sino decir estas palabras; sí que no se lo quita el Señor. ¡Válame Dios! ¿qué nos espanta? ¿No es de admirar más la obra? ¿No nos llegamos al Santísimo Sacramento? Y aun pensava yo si pedía la esposa esta merced que Cristo después nos hizo. También he pensado si pedía aquel ayuntamiento tan grande, como fue hacerse Dios hombre, aquella amistad que hizo con el género humano. Porque claro está que el beso es señal de paz y amistad grande entre dos personas”<sup>21</sup>.

Con la espléndida tozudez de quien intuye el acierto, con la certeza de quien ha experimentado la realidad subida del simbólico beso de unión y paz, puede Teresa insistir en la comprensión ajustada a la letra, simbólicamente cabal del Cantar. Aunque esta actitud imponga temores, aunque parezca atrevimiento.

Porque no le pasaba inadvertido que muchos inseguros así calificarían sus palabras, de atrevimiento. Los mismos que, sin pensarlo dos veces, llegan a cometer sacrilegios, amparados en el secreto y clausura de la vida íntima del espíritu. Son palabras graves pero “dícelas el amor”, un amor reservado a unos pocos, amor que hay que merecer y al que se llega tras difícil camino.

No le basta la experiencia. Va más allá, quiere declararla y aun publicarla por escrito. Olvida la advertencia eclesiástica del tiempo respecto de la lectura y comentario de las Escrituras. Llega a decir: “Que tampoco nos hemos de quedar las mujeres tan fuera de gozar las riquezas del Señor; de disputarlas y enseñarlas, pareciéndoles aciertan, sin que lo muestren a letrados, esto sí”<sup>22</sup>. Era demasiado. Su confesor, el padre Yanguas, cuando se entera de las *Meditaciones* le ordena quemar el manuscrito y ella le obedeció. Pero estaba dicho y lo dicho quedó en las copias que sus admiradores no incineraron.

Quien busque en estas *Meditaciones* una exposición de orden técnico—escriturario o de orden filológico, quedará decepcionado. Ni siquiera tiene la continuidad sistemática que podría haberle dado como base el mismo Cantar. Los versículos que comenta son escasos, sólo cinco, aunque cita al pasar otros tantos. El valor del comentario teresiano reside en que rebasada su escasa estructura se levante en original meditación, que se constituya en camino de oración y en oración propiamente dicha. Se trata de llegar al “beso de Dios” del que habla Salomón, que produce la paz extrema, reservada a las almas que a El se entregan. Esta paz dista mucho de la que puede dar el mundo o la carne y exige muchos padecimientos. “¡Qué de caminos, por qué de maneras, por qué de modos nos mostráis el

21 *Meditaciones sobre los Cantares*, 1, 11.

22 *Meditaciones sobre los Cantares*, 1, 9.

amor! Con trabajos, con muerte tan áspera, con tormentos, sufriendo cada día injurias y perdonando; y no sólo con esto, sino con unas palabras tan herideras para el alma que os ama. . . que no sé yo cómo se pueden sufrir, si Vos no ayudáis. . . Pues, Señor mío, no os pido otra cosa en esta vida sino que me “beséis con beso de vuestra boca”<sup>23</sup>. La serenidad del exégeta escriturario está ausente. Está reemplazada por exclamaciones fervorosas y femeninas de búsqueda incansable, de singulares hallazgos místicos.

---

23 *Ibidem*, 3, 11–12.